

ALCAICERÍA

Boletín granadino

Núm. 17

4 de mayo de 2023

II Época / Año IV

ACTUALIDAD

Granada, agua oculta que roban

El campo granadino está en peligro. A la peor sequía en tres décadas -este año apenas ha llovido la mitad de la media- se suma la decisión de la Confederación Hidrográfica del Guadalquivir de reducir en casi la mitad el agua para regadío.

La mayoría de los pantanos están vacíos; sólo se salvan los de Quéntar y Canales, que se alimenta de la Sierra. El resto, de mal en peor: Portillo y Cubillas (50%), el Negratín (25,08%), el Francisco Abellán (20,14%), los Bermejales (18,79%), San Clemente (12,42%), Colomera (10,58%)...

Lejos de intentar enmendar el problema, la única propuesta que hacen la prensa concertada y los políticos cipayos es restringir el consumo. ¡Pero mientras tanto dinamitan presas y pantanos por toda España! Inverosímil solución para un país que se seca.

Que no haya agua para la agricultura de regadío es malo, pero la falta de lluvia provoca que no haya pastos para la ganadería extensiva, que, por si fuera poca desgracia, acaba de salir de la viruela ovina o sufre la criminal tirada de precios de Lactalis a la leche.

Mientras tanto, el Gobierno de España y la Unión Europea se preocupan por subvencionar la agricultura marroquí. No es conspiranoia preguntarse qué le deben las castas a la dictadura alahuíta, única beneficiada tras cada zancadilla al campo español.

BIBLIOTECA

Los orígenes del Día de la Cruz

El investigador Juan José Montijano Ruiz ha publicado hace unas semanas, con enorme oportunidad, el libro *La Cruz de Mayo en Granada* (Almuzara, 2023), que dirige en el prólogo «a los que aman Granada. A los que la sufren. A los que la quieren, admiran respetan, veneran y critican a partes iguales».

Sugestiva dedicatoria que nos parece de lo más adecuada para nosotros mismos.



El libro de Montijano está -o debería estar- dividido en dos partes muy bien diferenciadas para el lector, aunque el índice no lo indique: la histórica, que hace de

corpus central, y la de anexos, que reviste la pieza para que luzca lozana y frondosa.

La histórica es un repaso de suficiente profundidad a los orígenes de la fiesta, llegando de inmediato al último tercio del siglo XIX, en el que puede recrearse gracias a la aparición de las primeras crónicas periodísticas. En el análisis del siglo XX da cuenta de las fases de agonía, tímido resurgir, impulso, consolidación y esplendor que vivió a lo largo de los años. Termina esta parte con las Cruces del siglo XXI, donde quizá el autor se exceda en los detalles pero que es una crónica que algún día hará las delicias de los amantes del disparate en todas sus vertientes.

Pero el libro no acaba ahí. Lo que se presenta como simple continuación de los capítulos es en realidad una serie de anexos en los que hace interesantes estudios sobre la iconografía y el folclore propios de las Cruces, la celebración en el resto de la provincia o las Cruces permanentes en la ciudad.

En suma, se trata de un libro proceloso de obligada incorporación a toda biblioteca especializada en tema local. Bien por su autor.

EDITORIAL

Día de la Cruz

Llegamos tarde a celebrar uno de las más preciosas y castizas fiestas de nuestro calendario, pero no es óbice para desearle a todos los granadinos que hayan pasado un feliz día de la Invencción de la Santa Cruz, al fin recuperada como fiesta magna tras años de puritana museización.

Nos alegramos de la permisividad de los cipayos del poder, que devuelven al día el esplendor de la algarabía en torno al Sagrado Leño envuelto en claveles. Devoción popular es rezar clavado de hinojos ante el Altísimo y bailando, cantando y bebiendo en sus conmemoraciones.

ACTUALIDAD

Paraíso cerrado para oriundos Jardines abiertos para turistas

Cumpliendo con la criminal Agenda 2030, se han instalado dieciocho cámaras que vigilarán el acceso al centro de Granada, para que no se cuele ningún coche que no cumpla con los aleatorios y anticientíficos criterios de la religión ecologista. En la práctica, supone restringir el acceso al centro de la ciudad a miles de granadinos de toda la provincia que acuden con regularidad a la capital. Llega a Granada, por lo tanto, la tendencia a encauzar todos los movimientos en transporte público, encorsetando a quien antes se movía en coche con libertad en tranvías y autobuses.

No es extraño que, mientras tanto, se anuncie la apertura de nuevos hoteles de lujo y cada semana salte la noticia de un nuevo carmen en venta, abocado a convertirse en apartamentos turísticos.

El resumen de esta doble vía es inequívoco: convertir Granada en un parque de atracciones, vendido como un paraíso milenario a golpe de clic en cualquier web de viajes. Pero todos sabemos que los paraísos sólo pueden ser naturales y no hay naturaleza sin vida espontánea, sin alegre bullicio de vecindario. Y que, contra las enseñanzas de una Modernidad enloquecida, no hay mejor forma de conservación de los bienes materiales que cuando son usados para lo que fueron creados.

La ciudad de Granada se convierte en un falso paraíso mientras se transforma en un infierno para sus habitantes, que ante tanta dificultad para moverse por sus calles acaban desistiendo y huyendo al extrarradio; viendo cómo sus casas familiares son ocupadas por grandes grupos hoteleros.

Lo cierto es que estamos ante una tendencia mundial impulsada por sociópatas. ¿Sabremos frenarla? Y más aún, ¿podremos?

NECROFAGIA

José Antonio



La noticia afecta a Granada porque afecta a España. El Gobierno ha interrumpido el descanso eterno de un joven abogado madrileño asesinado tras un juicio injusto y una Sentencia prevaricadora por orden del Partido Socialista Obrero Español en 1936. Tras una cobarde autorización de la familia - de aquellos polvos reformistas, estos lodos serviles-, han exhumado sus restos del altar mayor de la basílica del Valle de los Caídos y llevado al Cementerio de San Isidro. Abandona así la compañía de las otras 33.847 víctimas de la Guerra Civil tras la ignominiosa negativa del Gobierno a que su sepultura quedara señalada con una lápida con una sola inscripción: «José Antonio».

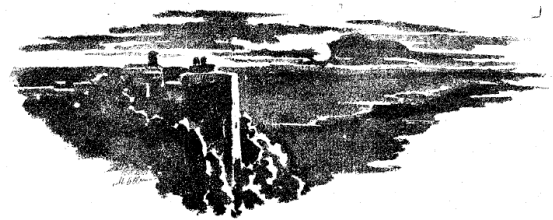
Se cumple así un perverso hito en el proceso de borrado de la Historia de España, en la que el fundador de F. E., que no participó en la Guerra Civil («Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles»), tiene un lugar privilegiado. En Granada, con prevaricación del TSJ, se destruyó el monumento erigido en su honor por suscripción popular en 1975 (pero no han devuelto las donaciones) y el pusilánime Arzobispado disimuló la inscripción que hay en su honor en la fachada del Sagrario.

Lamentamos con enorme tristeza que los políticos estén inmersos en estas operaciones tan macabras. Es tradición común a todas las civilizaciones dejar en paz a los muertos. Sólo nos queda la duda de si la elección del CXX aniversario de su nacimiento para la felonía es sólo un péfido intento más de ofender o es uno de los requisitos de algún siniestro ritual.

TESELAS ROMÁNTICAS

Cartas de Rusiñol

Rusiñol visitó Granada en varias ocasiones (1887, 1895-1896, 1897-1898,...). Durante la de 1895, publicó en La Vanguardia Española unos artículos en los que contaba su aventura. Aún no conocía a Ángel Ganivet, con quien trabajó amistad en una visita de éste a Sitges en 1897. Mientras su serie sobre París, publicada en idénticas circunstancias, ha sido editada con primor, la que aquí traemos ha sido del todo olvidada. Y aquí estamos nosotros para rescatarla del olvido de las hemerotecas.



I - Granada

De noche atravesamos España. Al compás del traqueteo monótono del tren, medio dormidos o dormidos del todo, al son mate de la vacilante lámpara de aceite, colgada en medio del vagón como en la tumba de algún Ramsés, oíamos vocear entre la soledad del campo, los nombres de las estaciones que iban pasando como perdidas entre campos desolados.

Nunca España, al consultar las hazañas de su gloriosa historia, nos pareciera tan grande como vista y recorrida en tren de la clase de los rápidos. Tan cortés era el que montábamos, cabalgando por estas Manchas de Dios, que no halló pueblo ni villorrio en su larguísimo curso, al cual no saludara con frases muy bien silbadas, deteniéndose un momento en todas partes para no ofender a nadie.

A pesar de tan largo trecho recorrido, llegamos a Granada con hora y media de retraso. Era de noche, y, a pesar del sin embargo, llovía a todo

llover; bajamos en un tinglado coa gran derroche de goteras, subimos a un coche de medio lujo, y saltando aquí, y meciéndonos más allá sobre el *típico* empedrado, atravesamos casi a oscuras, una ciudad llena de barro, quieta y misteriosa, y emprendiendo una cuesta a paso *piano*, pasamos por debajo de un gran arco de triunfo, perdido entre el manto de la noche, y nos hallamos en el monte de la Alhambra.

Allí continuamos subiendo, siempre bajo la lluvia del sin embargo, que caía por entre un bosque espesísimo, y ya en la cima, nos alojamos, esperando la luz del día.

Llovió toda la noche. Silbaba el viento como un desequilibrado, y mirando el negro *manto* detrás de los postigos, nos decíamos: Pensar que este cielo de luto, tan triste y apagado, mañana ha de vestirse de aquel azul de Andalucía, diáfano y hermoso como manto de la gloria.—Que ese fondo sin fondo será al amanecer, la dilatada llanura que tiene por arteria el Genil y por cabellos las huertas y los cármenes más floridos de la tierra.—Que detrás de esa llorosa tapia que tenemos aquí mismo, mañana brotará la Alhambra, el palacio hecho de sueños, el rinconcito de mundo más bordado por la mano de los hombres.

Eso pensábamos, oyendo los canalones manando agua, llorando lluvia en incansable cantilena, mojando Andalucía, murmurando o cayendo en insolente cascada cuando un trueno la obligaba y a su voz de monótona tristeza nos dormimos esperando el mañana de las grandes esperanzas.

El mañana llegó, pero el cielo continuó de un gris color de nube y de aquel azul tan azul ni vimos ni hemos visto todavía más que retazos ridículos para un cielo de renombre como éste. Entrábamos con mala sombra, en la

tierra de la buena. No creíamos hallarnos en aquella Andalucía, en aquel país colorido, recibiendo luz directa y exportándola en reflejos a los pobres países de la niebla; en este patio del mundo donde anidan los naranjos y se cobijan los frutos de la misma América, y se estiran las palmeras; en aquel país de lujo donde los ojos más negros alumbran e iluminan y la palabra se escapa a medio pronunciar, para dar paso a las otras que van saliendo en fogoso torbellino; en aquel auténtico paraíso, sin manchas en su buen nombre, que tiene por aire perfume de azahar y mirto, rocío por lluvia y que florece todo el año para regalo del hombre! ¡Ay! Tuvimos que salir bajo paraguas, bajo aquel innoble entoldado, y en vez de dirigirnos al palacio de la Alhambra, como habíamos soñado, no quisimos verla con lluvia y bajamos hacia Granada.

Al salir dimos con un grupo de *gachós desaboríos* formando parte de la familia *arriesgá* de *intrépetres* y *chicherone*. Nos dieron los buenos días en cinco o seis lenguas, de las más escogidas del planeta que aquí habitamos, y nos pasaron la tarjeta. Uno hubo que, según cantó su cartulina, es *intrépete* de francés, de inglés y de catalán, por lo cual consultándole la lengua, que era la nuestra, y viendo que nos entendía, lo alquilamos a pensión completa y emprendimos esperanzados la marcha.

Aquel altísimo portalón, de más o menos triunfo, que habíamos pasado el día antes y que volvimos a pasar, era obra de Carlos V, cuyo señor, no sirviéndose del buen gusto, sino valiéndose del poder que le daba su mando y categoría, para levantar aquel andamio de piedra, había hecho derribar la puerta de *Bib el-Aujar*, construcción árabe de la cual la tradición explica portentosas maravillas.

Pasado el arco triunfante, nos encontramos en Granada.